

Domingo Corpus Christi

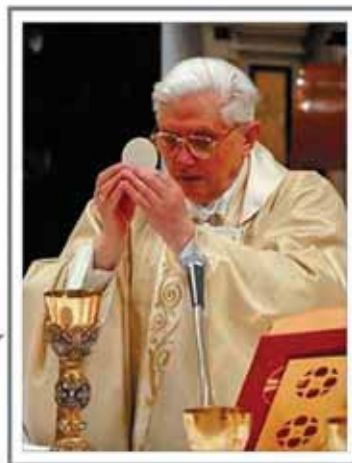


El primer día de los Azimos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dicen sus discípulos: «¿Dónde quieres que vayamos a hacer los preparativos para que comas el cordero de Pascua?» Entonces, envía a dos de sus discípulos y les dice: «Id a la ciudad; os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle y allí donde entre, decid al dueño de la casa: "El Maestro dice: ¿Dónde

está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?" El os enseñará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta y preparada; haced allí los preparativos para nosotros.» Los discípulos salieron, llegaron a la ciudad, lo encontraron tal como les había dicho, y prepararon la Pascua. Y mientras estaban comiendo, tomó pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio y dijo: «Tomad, este es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos. Yo os aseguro que ya no beberé del producto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios.» (Mc 14, 12-16, 22-25)

TOMAD ESTO ES MI CUERPO

Y, ASÍ,
ÉL
HIZO
POSIBLE



- EL ENCUENTRO PERSONAL
 - EL DIALOGO ÍNTIMO
 - EL VIVIR SU MISMA VIDA
- ... Si el hombre quiere



He podido celebrar la Santa Misa en capillas situadas en senderos de montaña, a orillas de los lagos, en las riberas del mar; la he celebrado sobre altares contruidos en estadios, en las plazas de las ciudades... Estos escenarios tan variados de mis celebraciones eucarísticas me hacen experimentar intensamente su carácter universal y, por así decir, cósmico. ¡Sí, cósmico! Porque también cuando se celebra sobre el pequeño altar de una iglesia en el campo, la Eucaristía se celebra, en cierto sentido, sobre el altar del mundo. Ella une el cielo y la tierra. Abarca e impregna toda la creación. El Hijo de Dios se ha hecho hombre, para reconducir todo lo creado, en un supremo acto de alabanza, a Aquél que lo hizo de la nada.

Juan Pablo II: Encíclica La Eucaristía en la Iglesia

El gran novelista y escritor inglés G.K. Chesterton (1874-1936) se convierte pasados los 40 años. Su párroco escribe: La mañana de su primera comunión era plenamente consciente de la inmensidad de la presencia real de Jesús. El sudor le cubría totalmente al recibir a Nuestro Señor. Cuando le felicité me dijo: *“Ha sido la hora más feliz de mi vida”. Antes me había confiado: “Me espanta la tremenda Realidad que se alza sobre el altar. No he crecido con ello y es demasiado abrumador para mí”.*

José Ramón Ayllón: Dios y los naufragos

¡Oh palabra dulcísima para el día del juicio!: era huésped y me acogisteis....¿Entendéis esto?... ¿No entendéis que, desde aquella sagrada hostia, os dice lo que a Zaqueo: desciende aprisa porque hoy me conviene hospedarme en tu casa?... Decidme ¿qué es estar Dios encerrado en un sagrario? ¿Qué le falta para estar preso y encarcelado? ¿No le ves que le traen en procesión, que lo llevan a visitar a los enfermos, que lo alzan en la misa, que lo ponen y lo sacan del sagrario, que lo traen por la iglesia?, para que se mueva tu corazón y te digas a ti mismo: este Señor, gran señor es; su tierra es el cielo y extranjero es acá; quiero ofrecerle una posada entrañable donde él descanse...

S. Juan de Ávila



HABLANDO A CRISTO EN LA SAGRADA FORMA

Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida Víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto,
y la piedad de vuestro pecho admiro.
Tal vez el alma con temor retiro;
tal vez la doy al amoroso llanto;
que, arrepentido de ofenderos tanto,
con ansias temo y con dolor suspiro.
Volved los ojos a mirarme humanos,
que, por las sendas de mi error siniestas,
me despeñaron pensamientos vanos.
No sean tantas las miserias nuestras,
que a quien os tuvo en sus indignas manos,
Vos le dejéis de las divinas vuestras.

Lope de Vega



TRES SONETOS AI CORPUS CHRISTI

Todo fue así: tu voz, tu dulce aliento
sobre un trozo de pan que bendijiste,
que en humildad partiste y repartiste
haciendo despedida y testamento.
«Así mi cuerpo os doy por alimento...»
¡Qué prodigio de amor! Porque quisiste,
diste tu carne al pan y te nos diste,
Dios, en el trigo para sacramento.
Y te quedaste aquí, patena viva;
virgen alondra que le nace al alba
de vuelo siempre y sin cesar cautiva.
Hostia de nieve, nube, nardo, fuente;

gota de luna que ilumina y salva.
Y todo ocurrió así, sencillamente.

Sencillamente, como el ave cuando
inaugura, de un vuelo, la mañana.
Sencillamente, como la fontana
canta en la roca, agua de luz manando.
Sencillamente, como cuando ando,
como cuando Tú andabas la besana,
cuando calmabas sed samaritana,
cuando te nos morías perdonando.
Sencillamente. Hora de paz. ¡Qué leves
tus manos para el pan, para el amigo!
Cena de doce y Dios. Noche de Jueves.
Y era en Jerusalén la primavera.
Y era blanco milagro ya aquel trigo.
Sencillamente: «Este es mi cuerpo». Y era.

Que viene por la calle Dios, que viene
como de espuma o pluma o nieve ilesa;
tan azucenamente pisa y pesa
que sólo un soplo de aire le sostiene.

Otro milagro, ¿ves? El, que no tiene
ni tamaño ni límites, no cesa
nunca de recrearnos la sorpresa
y ahora en un aro de aire se contiene.
Se le rinde el romero y se arrodilla;
se le dobla la palma onduleante;
las torres en tropel, campaneando.
Dobla también y rinde tu rodilla,
hombre, que viene Cristo caminante
—poco de pan, copo de pan—pasando.

Carlos y Antonio Murciano